

LA DIVERSIDAD LÉXICA EN LA COMUNICACIÓN

Claudio Wagner

El tema sobre diversidad léxica en el acto de comunicación requiere de algunas precisiones iniciales. Primero, por propia experiencia, todos tenemos conciencia más o menos clara de que cuando hablamos con un compañero de trabajo en el café utilizamos el lenguaje de manera diferente a cuando hablamos con nuestro superior o cuando escribimos un artículo sobre un tema de nuestra especialidad. Esto significa que también en lengua materna hay poliglosia, es decir, un conglomerado de formas de hablar, de lenguas, que naturalmente están interrelacionadas. Nadie habla, entonces, el español, el inglés o el mapudungu -que son abstracciones-, sino variedades diversas de estas lenguas históricas.

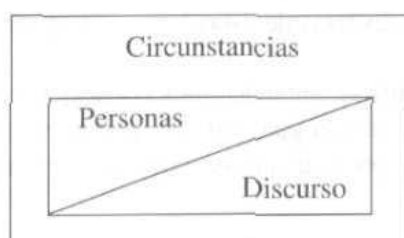
Segundo, para simplificar, entenderemos por léxico (sin hacer aquí la distinción con el vocabulario) las palabras de una lengua, aunque, por cierto, teórica y prácticamente no es la *mejor elección si se trata de precisar qué se entiende por unidad léxica. Pero ése no es el tema que hoy nos ocupa.*

Tercero, el léxico forma parte del sistema de cualquier lengua como totalidad, y en esa medida está también casi enteramente estructurado, aunque se le ofrece al hablante como una mera lista de palabras sin organización aparente que encuentra ya hecha, como nos lo sugiere su presentación en los diccionarios. Esto también significa que en él convergen las organizaciones de los otros aspectos o planos que se suelen distinguir en una lengua: el fonológico, en cuanto la identidad de las unidades significantes de las palabras está garantizada por las funciones fonológicas; el gramatical, en cuanto las palabras tienen una morfología interna y una determinación categorial y sintáctica que restringen su combinación en el discurso (Caravedo 1989: 235-6); y el semántico, en la medida en que las palabras entregan un significado que opera en dos órdenes: por asociación con otras en el sistema y por compatibilidad con aquellas con las que se relaciona en el discurso. Naturalmente, esto no impide que se pueda estudiar el léxico por separado.

Cuarto, hay que distinguir entre los distintos usos o empleos (Coseriu 1977a: 26-8 y 202-4) que el hablante hace de su lengua. En especial, diferenciar el uso práctico o corriente, al que recurre todo hablante, y que requiere de la situación de comunicación, de los otros usos -literario, mágico, científico, lógico, entre los más marcados-, que prescinden de ella por razones diversas y están limitados a grupos de hablantes dentro de la comunidad idiomática (Wagner 1983: 129-0).

Quinto, si nos centramos en el discurso práctico, sin duda el básico, por corresponder a la interacción cotidiana entre los hombres para efectos de comunicación, descubrimos que éste se manifiesta de muchas maneras en una amplia variedad, como resultado de la dinámica de toda situación discursiva, que supone personas que tienen un intercambio verbal en ciertas

circunstancias. El esquema de Pottier (1977: 17, con traducción mía), al que recurrimos, es inspirador para entender que esas variedades de lenguas a nuestra disposición no constituyen un mero listado, sino que están organizadas en torno a los elementos que conforman la situación de comunicación: personas, discurso y circunstancias son factores complejos que en su conjunto determinan una u otra forma o variedad de lengua considerada como adecuada (esto es, esperada) por el grupo social. Para los efectos de examinar la diversidad léxica en la comunicación, bajo la rúbrica “personas”, hay que estudiar la incidencia de los aspectos espaciales, temporales y socioculturales sobre los interlocutores, así como la actitud de uno con respecto al otro (información, pregunta, mandato..., es decir, actos de habla, de los que no nos ocuparemos ahora). Bajo “discurso”, se podrá considerar hasta qué punto el contenido temático es responsable de la variedad de lenguas, y bajo “circunstancias”, fuera de las particularidades materiales y los datos considerados como ya conocidos por el receptor, habrá que investigar el carácter más o menos formal de las situaciones en que se realiza el intercambio verbal.



1. Lenguas que obedecen a las personas de los hablantes

Los lingüistas suelen distinguir el léxico común, fundamental, que está a disposición de todos los usuarios de una comunidad idiomática, como *madre, vecino, enterrar, feliz, inadecuado*, del léxico diferenciado por el hecho de que, dentro de la sociedad, los miembros que la componen se agrupan por variados motivos, y al vivir en estrecho contacto desarrollan también hábitos de hablar comunes. Tales motivos suelen ser vecindad local, pertenencia a una generación dada, condición o posición social, comunidad de condiciones de vida especiales, para decirlo con palabras de Porzig (1974: 237), que agrega a modo de síntesis: “son siempre las relaciones de los hombres las que forman el grupo en que nace luego la forma especial de lengua”. Es por eso que cualquier hablante comprende mejor a la gente de su región, de su edad, de su medio social y profesional que a los demás.

La importancia de estas diferencias varía con cada lengua, de acuerdo a sí corresponden a un país más o menos centralizado, con una sociedad de clases más o menos marcadas, con costumbres más o menos liberales, etc.

1.1 Las lenguas regionales. Mientras una lengua como el francés, tal como se habla en París, en Marsella o en Burdeos, presenta variaciones léxicas que, aunque provocan algunas incomodidades cuando se pasa de una región a otra, no impiden la intercomprensión, otras, como el alemán, en la región de Baviera, o el español, en Yucatán, se tienen que enfrentar con modos de hablar regionales cuyas diferencias con respecto a la lengua común van más allá del léxico, generando dialectos. Se da, entonces, que para determinados conceptos no es raro

encontrar más variaciones regionales en México que en Chile, por estar las regiones más marcadas en ese país que en el nuestro: a los panecillos los llaman *bolillos* en Ciudad de México, *virotos* en Guadalajara y *cojinillos* en Veracruz, para no hablar de las diferencias entre distintas regiones hispanoparlantes: las *callampas* o poblaciones callampas nuestras son las *villas miseria* argentinas, las *barriadas* peruanas, los *ranchos* venezolanos y colombianos, las *chabolas* de Madrid y las *barracas* de Barcelona. Lo que no quiere decir que en Chile, que presenta menos variación léxica que México, España, Argentina o Colombia, ésta falte: frente a un *mora* o *zarzamora*, que prevalece en la mayor parte del país, tenemos un *murra* que, simplificando, cubre la zona sur, desde la VIII a la X regiones; o un caso algo más interesante, como es la cuádruple expresión léxica del concepto 'llevar a cuestras', que se distribuye geográficamente de norte a sur del país, conformando cuatro áreas léxicas: llevar *a tota*, *al apa*, *en acha* y *a chíque*.

1.2 Las lenguas generacionales. Se trata de lenguas léxicamente diferentes que son habladas en un momento dado por personas de edades diversas que coexisten en una sociedad. Por cierto, los jóvenes no hablan como las personas de edad.

Estos hábitos se mantienen por el diálogo entre personas de la misma edad. Como dice Rey-Debove (1973: 99) "los intercambios entre personas de edades diferentes y la renovación constante del léxico se hacen gracias al doble estatus, activo o pasivo, del vocabulario". El padre comprende a su hijo sin utilizar las mismas palabras (*paltón* 'rico arrogante', *carrete* 'parranda', *taquillar* 'lucirse', *bacán*, *groso* 'estupendo'), al tiempo que emplea palabras de su juventud que el hijo comprende sin hacer uso de ellas, como *mejoral* 'aspirina', *trompo*, *cambucha* 'tipo pequeño de volantín'.

Las palabras desaparecen por desuso: una palabra de moda en los años 40 -*pecos bill* 'jean', *botica* 'farmacia', *emporio* 'tienda general'- es cada vez menos empleada, si no es que ya ha desaparecido, a medida que sus usuarios envejecen o mueren.

1.3 Las lenguas sociales. Estas reflejan, en nuestras sociedades, la oposición de la clase dirigente (que, en general, es la más cultivada) a las otras clases, por lo que se suele hablar de lengua de la clase alta o lengua culta (\approx de los socialmente cultos), en oposición a la lengua de la clase baja o de los incultos (Porzig 1974: 262-76). Pero la repartición, sin duda, puede ser diferente: una sociedad de castas marca esta distinción fuertemente, a veces incluso con un dialecto o una lengua diferente de la común, como ocurre, por ejemplo, en la India, y en el mundo hispánico, en Galicia, donde la clase dirigente, que suele hablar castellano, lo hace en gallego al dirigirse a los inferiores (criados y aldeanos).

Si estamos de acuerdo en que las diferencias que hace la lengua son diferencias hechas primero en la sociedad, las diferencias de clase, entre nosotros, más que expresarse a través del léxico, están marcadas por la entonación, la pronunciación y la construcción de la frase: *le voy a explicarle; me recuerdo; la leše*.

Otra forma muy notable de lengua social la encontramos cuando escuchamos a los estudiantes o a los soldados hablar entre sí. Unos y otros utilizan palabras especiales, muchas

de uso corriente, a las que dotan convencionalmente de otros significados. La lengua de los estudiantes, de los jóvenes, de los soldados, para qué hablar de los delincuentes, son lenguas especiales que están determinadas por el círculo de hablantes, y con las cuales se demuestra la pertenencia a ese círculo. Entre los estudiantes se oye *guillotina*, para referirse a una asignatura difícil, *retén*, 'la inspectoría', *bacán*, 'buena', referente a una asignatura o una calificación. Esta variedad, habitualmente llamada *jerga*, obedece a la generación de condiciones de vida especiales de los grupos que se forman al interior de la sociedad por comunidad de intereses, y que buscan la identificación del grupo, que los puede llevar al encubrimiento, menor o mayor, del carácter de sus actividades.

2. Lenguas que obedecen al contenido temático abordado

La actividad profesional, las ocupaciones, los pasatiempos, en especial los juegos, también agrupan a las personas, que generan un vocabulario naturalmente incomprensible o poco comprensible para quienes son ajenos al grupo. Estas *lenguas técnicas*, o "temáticas", en palabras de Rey-Debove (1973: 100), se oponen a las anteriores en la medida en que el léxico que las define es exterior a la vez al sistema de la lengua y a los usuarios. Las palabras que se utilizan no están organizadas, configurando así terminologías de límites inciertos, a las que se encuentra ligado un gran número de nombres propios (Coseriu 1977: 96-9). Estas variedades estrictamente léxicas que, por su relación directa con el mundo, están determinadas por el asunto, proporcionan los elementos del léxico más numerosos e inestables de una lengua, generalmente recogidos en diccionarios especiales y en enciclopedias. Las terminologías de la ingeniería, de la computación, de las ciencias, de las profesiones y oficios, de los juegos, son buenos ejemplos de esta diversidad léxica que, de manera constante, se incorpora en nuestro léxico común, al punto que muchos de estos tecnicismos ya se han transformado en palabras comunes: del campo del comercio hemos tomado, entre otras, *oferta*, *mercado*; de la medicina, *diagnóstico*, *pronóstico*, *tratamiento*; de la matemática, *probabilidad*, *promedio*; de la hidráulica, *drenaje*, *presión*; de la lingüística, *sintaxis*, *sustantivo*, *gramática*; incluso provenientes de la costura y confección usamos términos como *solapado*, *flecós*, *ribete*.

3. Lenguas que obedecen a la formalidad de la situación

Ahora bien, con lo dicho no está todavía agotada la diversidad de las formas que adopta una lengua dentro de la misma comunidad idiomática. Un día, en el círculo familiar hablamos sobre un asunto determinado que atañe a una disposición municipal y decidimos escribir al diario local. Y luego nos sentamos al escritorio y escribimos efectivamente la carta al Director del diario. Ocurre que en el mismo asunto la lengua es usada de manera diferente, en una y otra situación, en cuanto a la elección de palabras y construcción de la frase, para no hablar de la diferencia en el medio empleado. O bien en el café hablamos del colega que ha recibido una importante distinción a nivel nacional y después nos toca en suerte de felicitar con algunas palabras apropiadas al mismo colega en el acto realizado en su honor. Entonces volveremos a hablar muy diferentemente sobre el mismo objeto. Y lo notable es que casi todos

nosotros dominamos ambas formas de lengua y las empleamos en el lugar y ocasión oportunos. La diferencia no depende ya de las personas de los hablantes –como en los casos de las llamadas lenguas regionales, lenguas de generación, lenguas de clases y jergas-, ni de la naturaleza del tema –lenguas técnicas-, sino de la situación en que se habla (Porzig 1974: 237).

En efecto, el grado de formalización que reviste la situación en cuestión, en razón de su carácter, -público o privado-, de los interlocutores que intervienen y de la naturaleza del tema abordado, se corresponde exactamente con el grado de formalidad del discurso allí utilizado. Además de la finalidad del hablar, el carácter de la situación es normalmente decisivo, en cuanto se impone a ambos interlocutores y al tema del discurso.

Las situaciones supraformales, caracterizadas por un alto grado de restricción o formalidad, como son las protocolares en general, generan una variedad de lengua –la lengua supraformal- que utiliza muchas expresiones o estructuras estereotipadas, esto es, poco creativas, porque responden a la necesidad de confirmar (por medio del lenguaje) un hecho solemne, ritualizado, como pueden serlo la presentación de cartas credenciales al gobierno, el juramento de ministros, la despedida de los restos fúnebres de un personaje importante y similares.

Las situaciones más usuales son las informales, en que se emplean expresiones como *quedó la escoba, la embarrá, la crema, ¿cómo estái?, la pega, revolverlas, los cabros chicos*, que corresponden a un lenguaje muy expresivo y pintoresco –la lengua informal-, por la permisividad social que las caracteriza y porque la necesidad (que se convierte en función) que esa variedad llena es el contacto (verbal) entre quienes, por una u otra razón, deben convivir en un mismo medio.

La lengua formal, por el contrario, obedece a las situaciones formales, que son todas de carácter público: exposiciones, diálogos de carácter público, difusión periodística, discursos, informes, publicidad (Wagner 1983). Ellas responden a funciones específicas más complejas que las anteriores, que la sociedad les ha asignado –identidad, marco de referencia, prestigio y participación-, para lo cual necesitan de ciertas características (la normativa) que garanticen su comprensión y utilización por parte de cualquier usuario de la lengua. Así, a las expresiones informales citadas arriba, corresponden, en esta variedad: *se produjo un problema serio; ¿cómo estás?; el trabajo; llevar a cabo acciones inconvenientes; los niños, los muchachos*). Es una suerte de “lingua franca”, es decir, una variedad siempre disponible para todos quienes, además, utilizan varias de las lenguas que ya hemos caracterizado, por lo cual ella es la lengua funcional que se justifica enseñar en la escuela. Como dice un lingüista, “Ya en nuestra lengua materna hablamos varias lenguas. La lengua que aprendemos en la escuela [entiéndase “lengua formal”] es nuestra primera segunda lengua; tras una lengua regional, social y culturalmente limitada a la niñez, una lengua de cultura transregional, transsocial” (Wandruszka 1980: 8-9): se la considera como lengua oficial de la nación, se la utiliza en la administración, en la vida cultural pública y como base para la literatura.

Esta variedad es la que más se aproxima a la mal llamada “lengua culta”, que es en realidad la lengua de la clase dirigente, de los (no siempre) cultos, por lo tanto una lengua

de clases. Como en parte suelen coincidir en un mismo hablante, no es raro que se las confunda, o no se haga la distinción.

4. A modo de conclusión

Las palabras de una lengua, pues, no son un cúmulo desarticulado de elementos a los que sólo se puede ordenar alfabéticamente como en el diccionario. Ellas forman parte de distintas distribuciones, siempre a disposición de las necesidades comunicativas de cualquier usuario. Están determinadas primero, por las personas de los hablantes, que forman parte de distintos grupos por variados motivos, que son, al mismo tiempo, factores de diversidad; segundo, por el asunto o tema; y tercero, por la formalidad de la situación en que se habla, tres elementos siempre co-presentes en todo acto típico de discurso.

Ahora bien, en los diferentes subléxicos generados por la distribución mencionada, las palabras –salvo las palabras técnicas y los nombres propios– están organizadas en nuestra competencia idiomática en pequeños campos, conjuntos o microsistemas de los que nos valemos en cada acto de lenguaje, según la finalidad de lo hablado o intención comunicativa.

Estos microsistemas léxicos, como {minúsculo, pequeño, grande, enorme}, {pomelo, naranja, limón}, {joven, nuevo, viejo}, {silvestre, salvaje}, que se actualizan en un acto de comunicación dado y por lo tanto son relativos a él, están fundados en el significado que manifiestan las palabras que los constituyen. Al ser consideradas in abstracto, fuera de contexto, en ellas se reconoce un significado que tiene el carácter de constante, en tanto que al ser utilizadas concretamente en el discurso, manifiestan matices particulares, que suelen llamarse sentidos o significaciones. Cada uno de nosotros es capaz de evocar el significado de *perro*, por ejemplo (porque lo estamos oponiendo a *gato*, como animales domésticos urbanos más corrientes), sin recurrir a un enunciado particular, pero cuando leemos “Claudio Gay dice que el *perro* fue introducido a América por los españoles”, la palabra *perro* se entiende de manera diferente a cuando decimos “Ayer compré un hermoso *perro*” o “Ese tipo es un *perro* con sus subalternos” o “No se enoje conmigo, *mi perro*”, porque el contexto (y la entonación que utilizamos), modifica en parte el significado de esta palabra. En palabras de Rey-Debove (1973: 101), de lo dicho resulta que “el significado de una palabra es la suma y codificación de todos los significados particulares que se le ha visto tomar recientemente en frases particulares”.

Por otra parte, en un acto de comunicación dado, todo usuario utiliza una “lengua funcional”, es decir, una variedad concreta de la lengua histórica localizada temporal, espacial, social y situacionalmente. Utilizando, como se ve, de manera algo distinta la expresión mencionada, que debemos a Coseriu (1977: 118-23), asumimos que la dimensión temporal está dada, puesto que ella se impone al individuo, y que la variedad seleccionada no se realiza en estado puro sino entrecruzada con otras lenguas funcionales que también maneja el individuo. En la elección de la lengua funcional, que se actualiza en actos de habla o textos específicos, la opción por la dimensión situacional parece ser jerárquicamente la base a partir de la cual se ordenan las otras.

Ahora bien, las palabras específicas que utilice el usuario, y el volumen de que disponga, es decir, su caudal de vocabulario, dependerán naturalmente de su nivel de "competencia léxica", que suele variar bastante de unos sujetos a otros de acuerdo a factores como condición social, escolaridad, oportunidades de lecturas, mayor o menor interacción con los otros, capacidad para cultivarse, posesión o no posesión de auténtica cultura. Y el que sepa utilizar las palabras adecuadas a la lengua funcional seleccionada según las circunstancias, los interlocutores y el tema abordado, es decir, de acuerdo a la situación de comunicación, dependerá naturalmente de lo que se suele llamar su "competencia comunicativa".

Esta ojeada sobre la diversidad de la lengua, y por ende del léxico, nos ha hecho ver que la comunidad idiomática no es unitaria, sino diversamente articulada, es una comunidad de comunidades (Porzig 1974: 238). La expresión lingüística tiene sin duda varias dimensiones: lenguas o variedades regionales, generacionales, de clases sociales, de grupos especiales, variedades técnicas, cuyos hablantes participan todos, en principio, de una variedad común, por eso siempre a su libre disposición: la variedad formal. Y todas ellas se apoyan sobre una base de posesión común, se presentan como variantes de la misma lengua al servicio de las necesidades expresivas de los usuarios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARAVEDO, Rocío. 1989. "Enseñanza de la lengua materna y teoría lingüística. El léxico en el aprendizaje". *Lexis* XIII.2: 223-50.
- COSERIU, Eugenio. 1977. *Principios de semántica estructural*. Trad. Marcos Martínez Hernández. Madrid: Gredos.
- COSERIU, Eugenio. 1977^a. *El hombre y su lenguaje. Estudios de teoría y metodología lingüística*. Madrid: Gredos.
- PORZIG, Walter. 1974. *El mundo maravilloso del lenguaje. Problemas, métodos y resultados de la lingüística moderna*. Trad. y anot. Abelardo Moralejo. 1957. Madrid: Gredos.
- POTTIER, Bernard. 1977. *Lingüística general. Teoría y descripción*. Trad. María Victoria Catalina. 1974. Madrid: Gredos.
- REY-DEBOVE, Josette. 1973. "Lexique et dictionnaire". *Le langage*. Dir. Bernard Pottier. Col. Encyclopédies du savoir moderne. Paris: RETZ-CEPL. 82-109.
- WAGNER, Claudio. 1983. "La lengua formal, lengua ejemplar". *Revista de lingüística Teórica y Aplicada*, RLA 21: 129-36.
- WAGNER, Claudio. 1999. "Llevar a cuestras en el Atlas Lingüístico de Chile (ALECh)". *Estudios Filológicos* 34: 193-200.
- WANDRUSZKA, Mario. 1980. *Interlingüística. Esbozo para una nueva ciencia del lenguaje*. Trad. y adapt. Hortensia Viñes. 1971. Madrid: Gredos.